



MARTA SANTOS

Tangas

Los pantalones de campana, la peluca y la izquierda estuvieron de moda y esa moda pasó. Es lo que suele pasar con los postizos y las ideologías que solemos ponernos para tapar la desnudez del cuerpo y de la bilis. Algunos mandentarios franceses han prohibido a sus adolescentes que vayan a clase enseñando un milímetro de tela de esa prenda que se llama tanga y que inventaron, al parecer, los brasileños, un pueblo que tiene fama de ser más relajado con el cuerpo que nosotros, con tanta tela y tanta idea postiza y puesta. Por lo visto, algunos políticos del país de al lado consideran que las modas de las adolescentes, como enseñar el tanga o comer pipas, son inmorales y lascivas. Es, probablemente, lo mismo que opinaban los políticos franceses de hace un par de siglos cuando veían a sus campesinas arremangarse la saya y enseñar dos milímetros de tobillo a la vera del río. Esto de la lascivia era otra cosa hace un par de siglos, cuando se consideraba pornográfico mostrar el ombligo y cuando algunas mujeres ingerían matarratas como infalible purga tras el adulterio. Una señora ministra francesa ha salido en los papeles declarando que las chicas que se agachan en clase para recoger un lapicero y enseñan un trocito de las 'princesas' están incitando a los escolares a todo tipo de perversiones.

Ahora la moda de enseñar el tanga bajo el pantalón ha llegado a España y no sabemos aún si nuestros políticos se alzarán con leyes y purgantes para protegernos la moral. De momento, el sensato sociólogo Gil Calvo ha declarado que eso de prohibir a la gente enseñar la carne del dedo o de la espalda es un tanto absurdo y que el tanga no se usa para provocar sino por pura moda. Personalmente, me parece que hay pocas cosas más ajenas a la lascivia que aquellas relacionadas con la moda. Lo moderno suele ser aquello que se usa porque lo mandan leyes no escritas que forman parte del grupo social al que el adolescente o persona moderna quiere pertenecer. De este modo, si un joven quiere adscribirse al grupo de los modernos de hoy en día, se pondrá en la cabeza una cinta, un par de 'piercings' en insólitos lugares del cuerpo o del pupitre -que lo mismo da- y enseñará cuatro dedos de barriga entre la camiseta y el pantalón aunque la temperatura de las calles vista cuatro grados bajo cero. La moda del tanga o del 'hula-hop' tiene, por suerte o por desgracia, muy poco que ver con la provocación. Los adolescentes de todos los tiempos se han puesto y se han quitado de todo con tal de estar a la moda. Mientras no se pongan tumbados en medio de la autopista, me parece bien.

El 'Prestige', el mercado global y el del voto

VÍCTOR SAMPEDRO BLANCO PROFESOR DE OPINIÓN PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS DE MADRID

El autor responde en este artículo a lo que considera una discrepancia evidente: las multitudinarias movilizaciones ciudadanas con motivo de la catástrofe del 'Prestige' y la guerra de Irak, y el escaso desgaste electoral que produjo en el Gobierno la contestación

Las movilizaciones de Nunca Más y 'No a la guerra' sorprendieron por sus dimensiones y su evanescencia electoral. Ante el peor desastre ecológico de la Península y la ruptura más grave de la legalidad internacional, en la calle se estableció una conexión entre el tráfico y las guerras del petróleo. Marineros y voluntarios se abrazaban al mar para recoger chapapote, sabiendo que las petroleras responsables de aquel ecocidio preparaban una ocupación militar. Se presentaba que el modelo de desarrollo que generaba esos polvos ('hillillos') nos enlodaría en una guerra. Sin embargo, las elecciones de mayo apenas supusieron un retroceso del PP. ¿Por qué esa discrepancia entre lo que la ciudadanía expresó con sus cuerpos y con su voto? Cuando lo primero, además, resulta más difícil.

El electorado fue consciente de que asistía a dos crisis de gobernabilidad derivadas de la globalización. Dichas crisis escapaban al control del Gobierno, pero también al de la oposición. El Estado se mostraba incapaz de afrontar las mareas negras y parar la guerra. Todos los costes se asignaban a las poblaciones, mientras las corporaciones blindaban sus beneficios con impunidad. Y poco importaba quién gobernase. En la campaña, la oposición se centró en la pugna de votos, sin atraer a los jóvenes ni recuperar al electorado más crítico. El Gobierno movilizó como nunca a su electorado más fiel, presentándose como víctima de un plan desleal de acoso y derribo.

La oposición, con excepciones individuales, intentó rentabilizar la protesta en las urnas. Los primeros intentos de crear una comisión de investigación en el Parlamento europeo no prosperaron porque varios eurodiputados españoles estaban haciendo campaña. El nacionalismo quiso capitalizar la indignación del electorado gallego y no cedió suficiente protagonismo a la sociedad civil española y extranjera. El PSOE basculó entre las adhesiones de sus líderes a Nunca Más y las críticas del alcalde de La Coruña a la plataforma ciudadana, según él, «dirigida por radicales e independentistas». Desde el Ayuntamiento coruñés se anunció el Plan Galicia. Y antes de un año del hundimiento del 'Prestige', el Gobierno imponía a Francisco Vázquez la Orden de Isabel la Católica «por su sentido de Estado».

Los votos de una comarca pesaron más que la devastación del ecosistema. Los alcaldes de la oposición demostraron su 'sentido de Estado' impidiendo que el buque siniestrado entrase en 'sus' puertos. Ninguno se ofreció a guarnecer el 'Prestige' para traspasar la carga. Es la única solución contemplada en los protocolos oficiales de estos accidentes. Pero se prefirió, según el consejero de Pesca, «reparar entre todos un poco del vertido». En realidad, un perímetro de entre 30 y 40 kilómetros de toda la costa gallega está asfaltado (aunque no se vea), y desde hace un año llega fuel.

Tampoco se consideró el riesgo para la salud pública. Una vez puestas las ayudas del Plan Galicia «encima de la mesa» (Fraga, 19-



JOSÉ IBARROLA

1-2003), la oposición estaba atrapada. Sólo cabía compartir el protagonismo en la entrega de las ayudas o pedir más. En todo caso, se juzgó como suicida 'dañar' a los sectores indemnizados, aunque éstos tengan comprometido su futuro, como indican los planes de reducir la flota gallega en un 40%. El cortoplacismo electoral ayudaba al Gobierno en su principal estrategia: negar la realidad. Después de tres meses ya se faenaba en Galicia. Con el 'Exxon Valdez', EE UU reabrió la pesca tras 22 meses, 12 en el caso del 'Erika', siendo vertidos de mucha menor entidad. En plena campaña electoral no se pudieron filtrar los estudios publicados ahora: hidrocarburos cancerígenos pasaban a la cadena alimenticia cuando se levantaba la veda.

En enero el PP ya había tomado la iniciativa. La criminalización de Nunca Más se fraguó con la denuncia de un sindicato ultraderechista, voceada por 'La Razón' y TVE, y tramitada en un solo día por el fiscal general del Estado. La oposición a nivel estatal prefirió cambiar de bandera. Abandonaron el 'nunca más' por el 'no a la guerra', más abstracto y lejano. Por tanto, más dúctil y menos comprometedor: El PSOE e IU creyeron que el 'no a la guerra' tendría los efectos del 'no a la OTAN'. Menospreciaron el cambio de siglo y la memoria del electorado. El PP evocó la primera intervención extranjera con los reclutas de la mili (la Guerra del Golfo), la primera aplicación de unilateralismo (Kosovo)... Con estas incoherencias y sin alternativas, ¿cómo se pensaba recuperar el voto joven y crítico? Y el electorado centrista, ¿por qué iba a correr el riesgo de cambiar de gobierno?

Las escasas consecuencias electorales tienen un motivo adicional más profundo: el legado antidemocrático de nuestra esfera pública. La incertidumbre de un nuevo gobierno fue explotada por el PP con una disyuntiva aplastante, esgrimida desde la transición: 'Yo o el caos'. La llamada a la 'cohesión' (enten-

dida como cierre de filas) arraigó en el voto centrista y conservador. Cualquier crítica resultaba electoralista, oportunista o 'batasuna'. Se esgrimieron tres argumentos encadenados que, aunque carentes de legitimidad democrática, sirvieron al mercado del voto.

En primer lugar, resultaba inadmisibles la politización de la crisis, invocando el argumento franquista de que los partidos son facciones creadoras de fracturas sociales. No resuelven problemas, los agravan. En segundo lugar, el PP tachó a la oposición de oportunismo, como si las elecciones no fuesen la única oportunidad constitucional para cambiar de gobierno. Y, en tercer lugar, se ignoró o estigmatizó toda iniciativa popular no capitalizable en las urnas, imposible de sublimar como 'solidaridad' o no amordazable con subvenciones. Nunca Más fue procesada por recabar fondos para la movilización ciudadana, algo no sólo legítimo para una sociedad civil que no practique la limosna, sino imprescindible para garantizar su independencia partidaria (aquello mismo que se le niega). El alcalde de Muxia está en los tribunales por expulsar a los voluntarios de 'su' municipio.

La marginación de la disidencia no habría calado si no persistiese en la población el franquismo sociológico, unos valores autoritarios más resistentes de lo que pensábamos. Tampoco el movimiento antiglobalización supo ir más allá de la retórica. Resulta injusto exigir a los ciudadanos las carencias de sus representantes: conductas coherentes y alternativas políticas factibles. Y, sin embargo, nos urge contar con ambas cosas. Porque la desgobernanza global ya amenaza nuestro derecho a la salud y a vivir en paz. Porque apenas hemos cumplido tres décadas de democracia teñida de guerracivilismo. Si lo dudamos, constatamos el estado de todos los partidos que nos han gobernado tras pasar a la oposición y piensen en lo difícil que será movilizar de nuevo a la ciudadanía.

Víctor Sampedro Blanco es autor de 'La pantalla de las identidades'.